

COLECCION ARIEL

ANIBAL GALINDO

Batalla de Blenheim

Batalla de Bailén



SAN JOSE, COSTA RICA, C. A.

Imprenta Grefias

Marzo 15 de 1917

Batalla de Blenheim (*)

(13 de agosto de 1704)

“Lo que más me asombra es la impotencia de la fuerza”, decía Napoleón en Santa Elena. Para que este pensamiento sea rigurosamente exacto; para que revista toda su verdad histórica, hay que completarlo agregándole lo que Napoleón no podía agregarle, a saber: “cuando la fuerza no se ha puesto al servicio del derecho”, que tanto equivale como decir, al servicio de la justicia, de la libertad, del progreso, del bien de la humanidad, que todo es uno mismo.

Por lo que hace a la fuerza puesta al servicio de la tiranía, de la ambición, y del orgullo, ninguno mejor que él podía apreciarla. Ensangrentó y asoló la Europa en veinte años de guerras; llevó al matadero de los campos de batalla dos

(*) Este estudio y el que le sigue pertenecen a la obra que, dedicada a la juventud de su patria, escribió el publicista colombiano doctor Aníbal Galindo, bajo el título “*Las batallas decisivas de la Libertad*”, y que fué inspirada en el libro del eminente clásico inglés sir Edwar Creasy, titulado “*Las 15 batallas decisivas del mundo*”.

generaciones enteras, la suya y la que debía sucederle, sin perdonar a los niños que aún tenían caliente el beso maternal sobre los labios; venció en Mondovi, en el Cairo, en Montenotte, en Millésimo, en Dego, en Lodi, en Castiglione, en Roveredo, en Bassano, en Rívoli y en Mantua; en Malta, en Alejandría, en las Pirámides, en El-Arich, en Gaza, en Jaffa, en el Monte Thabor y en Aboukir; en Marengo, en Ulm, en Viena y en Austerlitz; en Jena, en Eylau, en Friedland, en Abensberg, en Eckmühl, en Essling y en Wagram; en Vilna, en Vitepsk, en Smolenko, en el Borodino, en Moskow, en Lutzen, en Bautzen, en Wurschen, y en Dresde; en Saint-Dizier, en Brienne, en Champaubert, en Montmirail, en Chateau-Thierry, en Vauchamp, en Montereau, en Mery y en Ligny. ¿Y con qué objeto? ¿en servicio de qué causa, de qué idea, de qué principio de bien para la humanidad?

De ninguno.

En servicio exclusivo de su ambición y de su orgullo; con el objeto de formar un gran rebaño que se llamara "El Imperio", sobre el cual se levantase un trono, para que sobre él se sentara el héroe de estas victorias, a recibir el homenaje de los pueblos aplastados bajo las ruedas de su carro triunfal.

¿Qué quedó de su obra?

Nada, excepto un inmenso lago de sangre sobre Europa.

Aún no habían transcurrido veinte años, que son menos de un instante en la vida de una nación, a contar desde el día en que se dió principio a esta cruzada de *la Gloria* contra el derecho de los pueblos, cuando el humo de estos triunfos se había desvanecido; la Francia no conservaba un palmo siquiera de los vastos territorios anexados por la conquista; sólo quedaba el héroe de esta sangrienta epopeya, encadenado cual otro Prometeo a un peñón solitario en la inmensidad del Océano, exclamando: "Lo que más me asombra es la impotencia de la fuerza".

Los triunfos de estas bastardas ambiciones de los hombres o de los pueblos, describen parábolas, que concluyen siempre por hundirse con sus proyectiles en la tierra. Pero no sucede lo mismo con los triunfos obtenidos en servicio de la humanidad. La fuerza inicial de sus victorias llevada, empujada por la ley del progreso, sufrirá todas sus transformaciones, pero no se separará ya del ulterior destino de nuestra especie en el mundo. Y de esta clase fué la victoria obtenida en Blenheim en 1704 por las fuerzas unidas de los Estados libres de Europa, en defensa de las

libertades políticas y religiosas nacidas de la Reforma religiosa del siglo XVI.

Si el ejército mandado por el duque de Marlborough y el príncipe Eugenio hubiera sucumbido en Blenheim, sería difícil formarse una idea del cambio adverso a la civilización y a la libertad, que habría seguido a esta derrota. Figúrenos que no hubiera existido ni existiera la protestante Inglaterra, ni la gran República del Norte de América, ni la libre pensadora Alemania; suprimamos del movimiento del mundo civilizado estas fuerzas vivas de la libertad y del progreso; supongamos que en vez de ellas la Europa hubiera quedado partida desde principio del siglo XVIII entre el revocador del edicto de Nantes en Francia, y el poder que encendió las hogueras de la Inquisición en España, entre el despotismo de Luis XIV y el de Felipe II, y dígase si es posible representarse con exactitud lo que habría pasado en el mundo.

Alison, en su admirable historia militar del duque de Marlborough, esforzándose en juzgar cuáles habrían sido las consecuencias de este desastre, aun se queda atrás de la verdad. "Si un poder animado por la ambición, guiado por el fanatismo, y dirigido por la habilidad del de Luis XIV, dice, hubiera obtenido la supremacía de Europa,

un despotismo universal se habría establecido sobre los cuerpos y una servidumbre espiritual sobre las almas. Francia y España unidas en la casa de Borbón — el Imperio de Carlomagno con el de Carlos V — el poder que revocó el edicto de Nantes y perpetró las matanzas de la San Bartolomé, con el que desterró a los moros y estableció la Inquisición, habrían sido en el más alto grado funestos y destructores de los más caros intereses de la humanidad. Los protestantes habrían sido arrojados, como los paganos, más allá del Elba; los Stuardos, y con ellos el predominio de Roma, habrían vuelto a Inglaterra; las hogueras encendidas por Latimer y Ridley se habrían apagado en sangre, y la energía que alienta la libertad religiosa en la raza anglo-sajona se habría extinguido. Los destinos del mundo habrían sufrido un cambio completo. La Europa, en vez de sus diversos Estados independientes, cuya mutua hostilidad mantiene vivo el valor, mientras que sus rivalidades nacionales estimulan el talento, se habría hundido en el marasmo de un despotismo universal. El imperio colonial de Inglaterra, falto de vida que lo alimentase, habría perecido, y la raza anglo-sajona habría quedado paralizada en su movimiento de colonización sobre la tierra. El despotismo centralizador

del Imperio Romano se habría renovado sobre el continente europeo. Las cadenas de la Roma pontificia, como en Francia antes de la Revolución, habrían ahogado el pensamiento y el alma de la libre Inglaterra.”

Aunque librada aparentemente por una causa política, por la sucesión a la corona de España, disputada a la muerte de Carlos II entre la casa de Austria y la de Borbón, de la batalla de Blenheim pendía en el fondo, como dice Alison, la suerte de los Estados que habían abrazado el protestantismo, los cuales habrían quedado anulados por las armas victoriosas de Luis XIV y de España. Un juicio, pues, sobre la victoria de Blenheim, que prescindiera de traer a consideración lo que la libertad política debe a la gran Reforma religiosa del siglo XVI, no sería completo, o mejor dicho, sin él no se justificaría el carácter de batalla decisiva para la felicidad y el progreso de la especie humana, que le asigna un puesto en el libro de sir Edward.

Mas no por esto vaya a creerse que es la pluma del sectario la que traza estas líneas. No estamos tan atrasados para aceptar sin beneficio de inventario el arsenal de lugares comunes en que toma sus armas el odio al catolicismo. Preciámonos de conocer todos los servicios pre

dos por la Iglesia a la civilización y a la humanidad; pero como no son las batallas, como simples hechos de armas, sino las ideas en cuyo triunfo se emplearon, lo que aquí nos ocupa, un ligero bosquejo de lo que la libertad civil y política debe a la gran Reforma religiosa del siglo XVI, que puesto tan eminente ocupa en la marcha del progreso, era de rigor en este estudio.

Macaulay, en la *Historia de Inglaterra*, ha trazado con noble imparcialidad, el cuadro de los inmensos servicios prestados a la humanidad y a la civilización por el poder de la Iglesia, en aquellos siglos, y nosotros creemos de justicia traducirlo y trasladarlo a estas páginas.

“Es cierto, dice el eminente historiador, que la Iglesia se había corrompido inmensamente por el contagio de aquella superstición y de aquella filosofía contra las cuales había luchado por tanto tiempo, y sobre las cuales había al fin triunfado. Había admitido, con mucha facilidad, doctrinas prestadas a las antiguas escuelas y ritos prestados a los antiguos templos. La política de la antigua Roma y la ignorancia gótica: la simplicidad griega y el ascetismo sirio habían contribuido a corromperla. Sin embargo, aún conservaba lo bastante de aquella sublime teología y de aquella piadosa moral, para ennoble-

cer muchas inteligencias y purificar muchos corazones. Muchas cosas que, andando los tiempos, fueron justamente contadas entre sus faltas, deben contarse en el siglo VII, y aun mucho después, entre sus principales méritos. Que la jerarquía eclesiástica invada las funciones del orden civil, es en nuestros días un grave mal. Pero lo que en un siglo de luces y de buen gobierno es un mal, puede ser un beneficio en un siglo de ignorancia y de violencia. Es, sin duda, mejor que el género humano sea gobernado por leyes justas y bien administradas, y por una opinión pública ilustrada, que por una teocracia; pero es mejor que los hombres sean gobernados por una teocracia, que por la fuerza bruta; por un prelado como Dunstan, que por un soldado como Penda. Una sociedad sumida en la ignorancia y gobernada por la fuerza física, tiene muchos motivos para alegrarse de que se levante en ella una clase cuya influencia sea puramente intelectual y moral. Esta clase puede, sin duda, abusar de su poder; pero un poder intelectual, aun abusado, es sin embargo un poder mejor y más noble que el que nace de la fuerza material. Nuestras crónicas del tiempo de los reyes sajones están llenas de ejemplos de tiranos, que asaltados repentinamente por cruales remordi-

mientos, renunciaron en el colmo de su grandeza a los placeres y a las dignidades que habían adquirido por el crimen, y se retiraron a expiar sus pecados en la penitencia y la oración. Estas historias han arrancado expresiones de profundo desprecio a ciertos escritores, que a pesar de llamarse liberales, tienen en realidad un horizonte intelectual tan estrecho como el del último fraile de los siglos del oscurantismo, habituados a aplicar a todos los acontecimientos y a todas las épocas de la historia el criterio recibido en la sociedad parisiense del siglo XVIII. Pero un espíritu verdaderamente liberal, libre de toda preocupación, debe considerar que un sistema religioso, que aun desfigurado por la superstición fué capaz de sujetar con tan poderosos frenos morales a comunidades regidas por la violencia y la audacia; un sistema que enseñaba a los más feroces y temidos caudillos de esa edad, que eran seres morales tan responsables de sus acciones como el último de sus vasallos, debería haber merecido una mención más honrosa de los filósofos y de los filántropos.

“Las mismas observaciones son aplicables al desprecio con que en el último siglo era de moda hablar de las peregrinaciones, de los Santos Lugares, de las Cruzadas y de las instituciones mo-

násticas de la edad media. En un tiempo en que los hombres carecían de facilidades y de estímulos para viajar, ni por la ciencia y las artes, ni por el lucro, era mejor que los rústicos habitantes de los países del norte de Europa visitaran la Italia y el Oriente, como peregrinos, que el que vivieran y murieran sin ver otra cosa que las toscas y desahacibles cabañas y los espesos bosques en que habían nacido. En tiempos en que la vida del hombre y el honor de la mujer estaban diariamente expuestos a ser violados por los tiranos y los merodeadores, era mejor que el recinto de un templo fuese mirado con supersticioso respeto, que el que no hubiera ningún refugio inaccesible a la crueldad y a la licencia. En tiempos en que los gobiernos eran incapaces de formar extensas combinaciones políticas, era mejor que las naciones cristianas se levantasen y uniesen para rescatar el Santo Sepulcro, que el que hubieran sido, una en pos de otra, abatidas por el Turco. A pesar de cuanto con justicia se haya podido después reprochar a la indolencia y al sibaritismo de las órdenes religiosas, fué indudablemente benéfico que en siglos de ignorancia y violencia hubieran existido apacibles y tranquilos claustros, en que las artes de la paz pudieran ser cultivadas, en que las almas dulces y contemplati-

vas pudieran hallar un asilo, en que un hermano pudiera emplearse en traducir o copiar la *Eneida*, y otro en meditar las *Analíticas* de Aristóteles; en que, el que se sintiera con genio para el arte pudiera iluminar un martirologio o tallar un crucifijo, o en que el que tuviera disposición para el estudio de la naturaleza, se empleara en hacer experimentos sobre las propiedades de las plantas o de los minerales. Si no hubieran existido, exparcidos aquí y allá, estos sagrados retiros, entre las cabañas de miserables aldeanos y los soberbios castillos de una aristocracia feroz, la sociedad europea de aquellos siglos se habría compuesto exclusivamente de bestias de carga y bestias de presa.

“ La Iglesia ha si lo muchas veces comparada por los teólogos al Arca sagrada de que nos habla el Génesis; pero jamás fué la comparación más perfecta que durante aquellos tiempos calamitosos en que ella sola bogaba en medio de las tinieblas y de la tempestad, sobre el diluvio debajo del cual yacían sepultadas todas las grandes obras de la antigua sabiduría y del poder del antiguo mundo llevando consigo los débiles gérmenes de los cuales debía nacer una segunda y más gloriosa civilización.

“ Aun la supremacía espiritual que los Pon-

tífices se arrogaron, fué en definitiva mucho más benéfica que mala en aquellos siglos de tinieblas y de barbarie. Su resultado fué la unión de las naciones de la Europa occidental en una gran confederación de todos los pueblos cristianos. Lo que las carreras de los juegos olímpicos y el oráculo de Pithia fueron para todas las ciudades griegas, desde Trebizonda hasta Marsella, eso fueron para toda la Cristiandad de los pueblos latinos, Roma y sus obispos desde Calabria hasta las Hébridias.

“Fué de esta manera como se mitigaron los rigores de la barbarie. Razas separadas unas de otras por los mares y las cordilleras, reconocieron un lazo fraternal y un código común de derecho público. Aun en la guerra la crueldad del conquistador la mitigaba frecuentemente el recuerdo de que conquistados vencidos eran hermanos de una misma iglesia, de una misma comunión y de un mismo culto.”

Y si la Iglesia, fiel a los sublimes y humildes preceptos del Evangelio, no hubiera abandonado su misión de “pescadora de almas”; si no hubiera abdicado por un poder mundano esta supremacía espiritual de las conciencias, este protectorado moral de los desgraciados y los débiles contra los poderosos y grandes de la tierra,

ningún poder igual al suyo, ni más bello ni más grande se habría levantado debajo del sol; todos, como bajo el manto de amorosa madre, estaríamos albergados en su regazo; ninguna heregía habría desgarrado su seno, porque la caridad no admite cisma; ninguna filosofía habría minado su poder, porque, ¿qué filosofía puede rivalizar a la que sólo pide amor en cambio del bien que da? Pero de repente, y sin saberse cuándo, como no puede saberse con precisión a qué hora ha entrado un principio de corrupción en una alma, entra en la Iglesia el demonio tentador de la ambición terrenal, y esta ambición, mezclándola al debate de todos los intereses mundanos, concluirá por ser su ruina.

Con la fábula de la donación de Constantino, Gregorio II se apodera de Roma en 730, aprovechando la expulsión del procónsul griego, por haber perseguido el culto de las imágenes. Viene enseguida la donación de Ravena, por Pepino, en 754; después la de Spoleto, por Carlomagno en 774, y por último la famosa de la condesa Matilde en 1,077, que agregó a aquellas adquisiciones los ricos dominos de Bolsena, Bagnara, Montefiascone, Viterbo, Civita-Castellana, Civita-Vecchia, Corneto, Bracciano, etc., etc.; y desde entonces, convertidos los obispos de Roma en poderosos

reyes de la tierra, encontramos yá a los vicarios de Jesucristo, a los humildes sucesores de San Pedro, mezclados en la historia a todas las intrigas y crímenes de la política, a todas las iniquidades, a todas las matanzas de las largas guerras que por más de cuatro siglos desolaron y ensangrentaron la Alemania, la Francia y la Italia. Julio II recuerda el nombre de uno de los más crueles y perversos tiranos que hayan ocupado un trono, y Alejandro VI, padre de César y Lucrecia Borgia, incestuoso, perjuro, envenenador, asesino, el de uno de esos monstruos nacidos del serrallo en los despotismos orientales.

En el siglo XVI el poder material y moral que el Papado había adquirido sobre la ignorancia y la superstición de los pueblos, era tan grande, que hacía completamente imposible todo orden, todo sosiego, todo gobierno en el seno de los Estados europeos. El formidable poder de la excomunión empleado piadosamente en los primeros siglos de la Iglesia para separar de la comunidad cristiana a los que no conformaban su vida a los preceptos de la nueva ley, empleábanlo ahora los Pontífices para perseguir y exterminar a todo el que dañaba sus intereses o resistía sus pretensiones: — destronaban monarcas, daban y quitaban coronas, absolvían a

los súbditos del juramento de fidelidad a sus soberanos, ponían en interdicción un reino entero.

Cansado Carlos V, el que, después murió en Yuste, de la duplicidad de Clemente VII en las guerras con Francisco I, tuvo, para castigar y humillar este insaciable poder, que dar el escándalo de tomar a Roma por asalto, y de hacer con ella, con sus templos, con sus palacios, con sus matronas, con sus vírgenes, lo que nunca se atrevieron a hacer los Hunos, los Godos y los Vándalos.

Pero no contenta Roma con la supremacía de este poder político, había, de abuso en abuso, y de usurpación en usurpación, convertido a todos los miembros de su jerarquía sacerdotal en una verdadera casta sagrada, sustraída de la jurisdicción y dominio de todo poder civil.

Todas las causas relativas a matrimonios, a legitimidad de nacimientos, a testamentos y a beneficios y rentas eclesiásticas eran de la competencia de las Cortes sacerdotales.

Ningún eclesiástico podía ser sometido a juicio, cualquiera que fuese el crimen que hubiera cometido, si antes no era degradado de su carácter y puesto a disposición de la justicia por aquellos mismos tribunales; sentencia que, como muy bien puede inferirse, rara vez podía alcanzarse.

Y con el objeto de impedir la imposición de manos profanas sobre los miembros de la orden, la cancillería romana había publicado un libro con el arancel de las limosnas en cambio de las cuales podía obtenerse el perdón de cualquier pecado.

“ Un diácono acusado de asesinato, podía ser absuelto por veinte coronas; un obispo o un abad, por trescientas. Cualquier eclesiástico podía violar sus votos de castidad, aun con las más agravantes circunstancias, por la tercera parte de esa suma. Aun aquellos crímenes nefarios en que rara vez puede incurrir la más depravada naturaleza, y que quizá no existen sino en la impura imaginación de un casuista, se tasaban por sumas muy moderadas.” (Prescott, *Historia de Carlos V*, edición de Philadelphia, 1864, vol. I, pág. 559, con cita de muchos autores.)

La masa de riqueza territorial que la Iglesia, abusando de la ignorancia de los pueblos y de la debilidad de los gobiernos había acumulado en sus manos, era fabulosa. La mayor parte de los grandes prelados gobernaba sus diócesis como barones feudales. Fuera de los inmensos legados que la aterrada credulidad de los fieles hacía en el lecho de muerte, como en aquellos tiempos de rapiña y de guerra, la única propiedad exenta de

confiscación y de cargas, era la propiedad eclesiástica; las gentes constituían voluntariamente sus tierras en feudos eclesiásticos, reversibles en el pleno dominio de la iglesia al término de su vida o por un limitado número de años.

La mayor parte de los titulares de estos regios beneficios vivían en Roma, llevando la vida cortesana y disoluta que era de tono en aquellos tiempos. Los pueblos de la cristiandad se encontraban pues, literalmente desangrados de sus riquezas, que afluían a Roma para proveer a las guerras, dilapidaciones y gastos del gobierno pontificio, envuelto a la sazón en todas las intrigas y complicaciones de la política europea. De esta manera vino a encontrarse que en Alemania, a principio del siglo XVI, la mitad de la propiedad nacional pertenecía a beneficios eclesiásticos. En los otros países la proporción variaba, pero la parte correspondiente a la Iglesia era siempre prodigiosa.

La separación de Roma era pues la más apremiante necesidad política y civil de la época, y a ella correspondió la Reforma encabezada por Lutero.

Los que admiráis como fuerza a Alejandro, a César, a Tamerlán, a Napoleón, ¿qué guardáis para Lutero? Aquéllos pudieron sorprender con

100 hombres a 1,000; después vencer con 1,000 a 2,000; con 2,000 a 10,000, y así sucesivamente, por las combinaciones del acaso o del genio; pero pensad en Lutero, en aquel fraile indefenso, que animado por el poder de una convicción, indignado contra el fango en que la iglesia se hundía, se levanta solo, solo, contra un mundo sellado por los más formidables poderes de la tierra: de un lado, las hogueras de la Inquisición; del otro, el brazo secular del Imperio.

El día en que Lutero, citado a comparecer solo en Worms, delante de Carlos V y del legado del Papa, lejos de retractarse, inquebrantable en sus convicciones, afirma que la doctrina del Cristo no reconoc intermediarios ni medianeros entre el hombre y Dios, y que aquel libro, aquella Biblia, la única arma que llevaba en sus manos, objeto de la explotación de la más poderosa teocracia de la tierra, se interpretaba sólo con la fe, ese día la conciencia humana palpitó en sus entrañas, y las tinieblas que cercaban el espíritu religioso de la humanidad, se abrieron para dar paso a claridades inmortales.

Lástima que este hombre, personalmente, hubiera perdido el derecho al respeto de la posteridad por su indecente matrimonio con Catalina Boria.

Y Roma no ha retrocedido ni un solo punto de aquellas pretensiones. Hoy como en la edad media reclama la posesión de una soberanía territorial para el ejercicio de su autoridad espiritual. Y hoy como entonces sostiene que su clero forma una jerarquía sagrada y divina que debe estar exclusivamente sometida a su propia autoridad. En los países donde las luces y la libertad han destruído estos odiosos privilegios, se ha hecho bajo el peso de su implacable censura, pero vive sobre la brecha para recuperarlos donde quiera que un gobierno débil, traidor o tiránico necesita apoyarse en su autoridad.

Los países del norte de Europa y de la raza anglo-sajona:—Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Holanda, Suiza, Suecia y Noruega y los Estados Unidos de América que hoy viven independientes de la autoridad de Roma, hicieron con la Reforma la más sólida conquista de sus libertades públicas; y al contrario, los que tienen alojado en su seno este solecismo político—el Papado y la Libertad—han continuado y continuarán debatiéndose en esta lucha de reacciones sin término, que son la desesperación del patriotismo.

Hecha esta necesaria digresión sobre los caracteres religiosos y políticos de la Reforma, volvamos a Blenheim.

El día 1º de noviembre de 1700, murió el rey Carlos II de España sin sucesión, nombrando por heredero de todos sus dominios a Felipe duque de Anjou, nieto de Luis XIV. Este sabía que la aceptación de la corona de España por la casa de Borbón traería una guerra general europea, pero estaba preparado para esta crisis y no temió afrontarla. Al despedir a su nieto para que fuera coronado rey de España, como lo fué con efecto bajo el nombre de Felipe V, Luis XIV le dijo: "Ya no existen los Pirincos".

La Inglaterra, en cuyo seno se agitaba aún, vencido pero no rendido el partido católico o jacobita, cuyo rey destronado, Jacobo II, vivía asilado en la corte de Luis XIV, era la más directamente amenazada por el formidable poder que iba a reunirse en manos del aliado de los Stuardos y del enemigo tradicional de sus libertades públicas. Por mucho que hubiera declinado ya la fortuna de España, el imperio que recibía el nieto de Luis XIV comprendía aún, además de la Península, la mayor parte de los Países Bajos, Cerdeña, Sicilia, Nápoles y Milán en Italia, las Filipinas y Manila en Asia, con toda la América Española, Méjico, el Perú, California y la Florida en el Nuevo Mundo.

El peligro que amenazaba las libertades de

Europa era, pues, inminente. España y Francia no habían hecho sino atacarlas desde fines del siglo XVI; pero vivía aún el indomable príncipe de Orange, que ahora reinaba en Inglaterra con el nombre de Guillermo III, el mismo que antes de haber salvado a la Gran Bretaña había empleado su vida entera en defensa de la independencia y de la libertad de Holanda; y sin pérdida de tiempo, bajo su amplia iniciativa y su enérgica dirección, formóse inmediatamente una liga contra la casa de Borbón, entre Inglaterra, Austria y Holanda, a la cual se unieron después la Prusia, la Dinamarca, la Saboya y el Portugal.

Aunque la muerte del príncipe de Orange, acaecida el 8 de marzo de 1702, pareció detener por un momento la acción de las potencias aliadas, la opinión de la Inglaterra y de todos los Estados libres del Continente era tan unánime sobre la necesidad de acometer esta campaña, que la reina Ana, que sucedió al rey Guillermo, hubo de presentarse al tercer día no más de su coronación, a declarar ante la Cámara de los Lores, que la Inglaterra estaba pronta a sostener el pacto formado por su ilustre predecesor, que había sido el campeón, no sólo de las libertades inglesas, sino de toda Europa. En consecuencia, las potencias aliadas declararon formalmente la guerra contra Francia el 3 de mayo de 1702.

Aunque el rey Guillermo tenía motivos para desestimar personalmente a John Churchill, duque de Marlborough, el Príncipe, bien conocedor de sus grandes talentos militares, y con aquella grandeza de alma que jamás lo abandonó, recomendó antes de morir que el mando en Jefe del ejército se diese a Marlborough. Churchill había hecho su aprendizaje en el arte de la guerra bajo el gran Turena, y sus talentos políticos y diplomáticos, su inagotable paciencia, la dulzura de su carácter, su habilidad y su exquisito tacto para el manejo de los negocios y de los hombres, igualaban, si no excedían a su genio militar. Como general, la Historia ha condensado su biografía, en estas cortas líneas: "Jamás libró una batalla que no ganase, ni puso sitio a una plaza que no rindiese". Venció en Blenheim, Ramillies, Oudenarde y Malplaquet, y tomó a Lieja, Bonn, Limburgo, Landau, Gante, Brujes, Antwerp, Oudenarde, Ostende, Menin, Derdermonde, Ath, Lila, Tournay, Mons, Douay, Aire, Bethune y Bouchain.

La campaña se abrió bajo auspicios desastrosos para los aliados. En Flandes, donde mandaba Marlborough, nada decisivo aconteció; pero en el centro de aquella extensa línea, de norte a sur, desde las bocas del Scheldt hasta las bocas

del Po, los generales de Luis XIV adquirieron grandes ventajas. El elector de la Baviera católica se apoderó de la importante fortaleza de Ulm, y así logró ponerse en comunicación con los ejércitos franceses del alto Rhin. En el otoño de 1703 los ejércitos unidos de la Francia y la Baviera derrotaron completamente a los imperialistas, y en el invierno siguiente se hicieron dueños de Augsburgo y de Passau. Al mismo tiempo el ejército francés derrotaba a los confederados en el alto Rhin y en el Mosela y tomaba a Treves y a Landau, mientras que la insurrección húngara, atizada por la Francia, hacía temblar a Viena.

Marlborough comprendiendo la inutilidad de continuar una guerra parcial de posiciones y de sitios, resolvió repentinamente abandonar a Flandes, y trasladarse con el mayor número de fuerzas disponible, por una marcha rápida y estratégica, a dar un golpe decisivo en el Danubio. Marlborough no reveló su plan de campaña sino a los pocos jefes a quienes era estrictamente necesario confiarlo, y dió principio a su marcha el 19 de mayo. En su camino debían reunírsele los contingentes de Prusia, de Luneburg y de Hesse y once batallones holandeses estacionados en Rothweil.

Marlborough llegó al Rhin y lo atravesó en Coblenza; y para desconcertar al enemigo siguió por algún tiempo la margen derecha del río, hasta Brouback y Metz. Con tal objeto hizo construir un puente, como para repasar el río en Philisburg, y que el landgrave de Hesse avanzara su artillería hasta Menheim, como para poner sitio a Landau.

El mariscal Tallard que mandaba 45,000 hombres en Strasbourg, creyendo que esta marcha y estas operaciones eran preliminares de un ataque sobre Alsacia, replegó sus fuerzas para ponerse en situación de defender aquella frontera. Así, cuando Marlborough dejó el Rhin a principios de junio para partir en derechura al Danubio sobre el ejército del mariscal Marsin, los ejércitos enemigos desorientados y aislados, no pudieron impedir su marcha.

Marlborough encontró en su camino a los Bávaros, a quienes derrotó el 2 de julio en las alturas de Schullenberg, atravesó el Danubio y se hizo dueño de toda la Baviera, excepto las ciudades fortificadas de Munich y Augsburgo.

Cuando el mariscal Tallard se apercibió al fin del verdadero designio de Marlborough, pasó el Rhin, y por la incapacidad del general alemán que mandaba en Stollhoffen pudo seguir intacto

al través de la Selva Negra y alcanzar a unir su poderoso ejército con el del Elector y el del mariscal Marsin en Biberach, cerca de Augsburgo. Marlborough repasó entonces el Danubio, de la margen derecha a la izquierda, y efectuó su unión con los imperialistas mandados por el príncipe Eugenio el 11 de agosto.

Los dos ejércitos se encontraban, pues, frente a frente sobre la margen izquierda del río, y una batalla general era inevitable.

El ejército franco-bávaro apoyaba su ala derecha sobre la margen izquierda del Danubio, contra la pequeña aldea de Blenheim, barricada con palizadas, y su izquierda en la de Lutzen igualmente fortificada, a unas tres millas de distancia, con la corriente del Nebel, pequeño riachuelo que entra de norte a sur en el Danubio, entre sus posiciones y la del ejército aliado. Lutzen está recostado contra las escarpadas faldas de los montes de Godd-Berg y Eich-Berg, sobre las cuales se situaron las fuerzas necesarias para proteger la línea contra toda tentativa de ser flanqueada por ese punto. El Danubio protegía su extrema derecha, y Lutzen su extrema izquierda, de manera que la línea francesa no era atacable sino de frente, y así se dió la batalla el 13 de agosto.

Tallard que asumió el mando en jefe mandaba el ala derecha; Marsin la izquierda.

El ejército aliado se formó en dos grandes divisiones. La más numerosa al mando de Marlborough, para oponerse a Tallard; y la menor, que formaba el ala derecha y se componía principalmente de caballería, al mando del príncipe Eugenio, para oponerse a Marsin.

El ejército franco-bavaro llegaba a unos 60,000 hombres con 61 piezas de artillería; y el de los aliados a unos 56,000, con 52 cañones.

Marlborough debía atacar sin pérdida de tiempo al enemigo antes de que pudiera ponerse en movimiento el ejército del mariscal Ville-Roy, y el 13 de agosto muy temprano, dos días no más después de la reunión de las fuerzas, Marlborough embistió al enemigo.

El ataque sobre Blenheim, aunque heroicamente conducido por Lord Cutts, fué rechazado con grandes pérdidas. Marlborough desistió de renovarlo. El príncipe de Holstein-Beck, que había pasado el Nebel con once batallones de Hanover, frente a Oberglau, fué cargado y completamente derrotado por la brigada irlandesa que guardaba aquel punto. Los irlandeses arrollaron a los Hanoverianos con gran carnicería, hasta romper completamente la línea de los

aliados, y estuvieron a punto de obtener un triunfo tan brillante como el que la misma brigada obtuvo después en Fontenoy. Marlborough ocurrió en persona con algunos escuadrones de caballería inglesa, y restableció el combate destrozando a los irlandeses.

En el ala derecha el príncipe Eugenio no había sido más afortunado. Tres veces había sido rechazado por el príncipe Maximiliano en sus ataques contra Lutzen, y sólo su extraordinario valor personal y la impertubabilidad de la infantería prusiana lo habían salvado de una derrota.

La batalla permanecía indecisa hasta las cinco de la tarde, cuando Marlborough, que como Hánibal todo lo esperaba de su caballería, resolvió dar en persona el golpe decisivo. Tomando 8,000 jinetes, que forma en dos líneas paralelas, para que la segunda llene los claros de la primera, asciende al galope la cuesta del Nebel y arrolla en impetuosa e irresistible carga toda la línea enemiga desde Blenheim hasta Oberglau.

La caballería enemiga no atreviéndose a recibir la carga, dispara sus carabinas a inútil distancia y huye abandonando nueve batallones de infantería, que son despedazados por el torrente de la caballería aliada.

Rota y deshecha en tan considerable exten-

sión la línea francesa, Tallard y Marsin, separados uno de otro, no piensan ya sino en la retirada, y la derrota fué general. De los 26 batallones de infantería que defendían a Blenheim, los que no perecieron en el Danubio se rindieron a discreción. Los que alcanzaron a llegar hasta la aldea de Sonderheim fueron allí alcanzados y capturados por la caballería aliada.

Sólo Marsin y el Elector Maximiliano alcanzaron a salvar una parte considerable de sus tropas, que llegaron en orden a Dollingen.

“Tal fué, dice Voltaire, la célebre batalla que los Franceses llaman de Hochsted, los Alemanes Blenheim y los Ingleses Blenheim. Los vencedores tuvieron 5,000 muertos y 8,000 heridos, la mayor parte del lado del príncipe Eugenio. El ejército francés fué casi destruido. De 60,000 hombres poco antes victoriosos, no alcanzaron a salvarse 20,000. Doce mil muertos, 14,000 prisioneros, toda la artillería, considerable número de banderas y estandartes, todo el material de guerra del ejército, su general en jefe Tallard y 1,200 oficiales de rango, prisioneros, señalaron esta victoria.

Ulm, Landau, Treves y Trarbach se rindieron a los aliados antes de terminar el año. La Baviera se sometió al Emperador; los Húngaros depu-

sieron las armas; la Alemania sacudió el yugo de la Francia; y la preponderancia militar de las potencias aliadas quedó restablecida en Europa. En todo el resto de la guerra, Luis XIV se mantuvo a la defensiva.

Blenheim había disipado sus sueños de dominación universal.

Batalla de Bailén

(15 de julio de 1808)

UN hombre de talento, el doctor Emiliano Restrepo, me dió hace algunos años la historia de Napoleón I por Lanfrey, diciéndome; "Lea Ud. esta obra, que desgraciadamente la muerte del autor dejó incompleta: es el *Tácito francés*". Debo confesar con entera franqueza que yo no comprendí entonces, ni aun después de haberla leído, todo el alcance del juicio; creí que se refería únicamente al estilo y al mérito histórico y literario del libro: fué necesario que recientemente un amigo mío, el doctor Teodoro Valenzuela, de quien Posada dijo con mucha justicia: "como él hay pocos en la América del Sur", pusiera en mis manos *Los Genios de Víctor Hugo*, para que viniera a revelármeme toda la profundidad del juicio del doctor Restrepo. Sí, exclamé, leyendo la pintura de Tácito en el libro inmortal de Víctor Hugo; efectivamente Lanfrey es el Tácito francés. Así como Tácito

“sentado sobre la curul del genio, hace comparecer y sorprende en flagrante delito de todas las iniquidades a aquellos monstruos que se llamaron Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón”; así como Tácito “aplica su estilo sobre una espalda de emperador y la marca indeleblemente, con llaga hondísima, con la concisión del hierro candente”, de la misma manera Lanfrey escribiendo la historia de Napoleón I, no desde el falso punto de vista de la gloria, sino con el criterio de la dignidad humana, de la independencia de las naciones y del derecho de los pueblos, hace como Tácito comparecer delante de este supremo tribunal de la Historia al mayor tirano que han visto los tiempos modernos, y lo entrega marcado con el hierro candente de inapelable sentencia al juicio de la posteridad.

La Alemania, la Prusia, la Italia, el Austria, sin contar la Bélgica y la Holanda, habían sucumbido bajo las armas del opresor de Europa; pero habían sucumbido combatiendo en Rívoli, en Marengo, en Ulm, en Viena, en Austerlitz y en Jena.

Sólo la España, entregada por la debilidad de un rey decrepito en manos de un favorito, había abdicado de su dignidad, haciéndose la humilde y complaciente aliada de Bonaparte, a quien

había entregado sus ejércitos, su tesoro y su escuadra, vencida en Trafalgar. Don Manuel Godoy, que escasamente habría podido desempeñar las funciones de director de un conservatorio en tiempo de paz, era el hombre elevado por el favor de la Reina al puesto de primer ministro, de generalísimo de los ejércitos de España y almirante de Castilla, para hacer frente al poder colosal de Napoleón. Godoy, halagado por éste con la oferta de un principado en los Algarves, todo lo había sacrificado en servicio del opresor de Europa. Pero llegó un día en que no conociendo ya freno a su ambición, Napoleón volvió los ojos a España, al parecer degenerada y degradada, y resolvió engastarla en su corona como apanaje de su diadema imperial.

La solemnidad de la causa, los derechos de la verdad histórica, el respeto debido a aquella guerra de independencia, que hizo a España más grande por el heroísmo, que lo fuera con Carlos V y Felipe II por el esplendor de sus conquistas, y los fueros de la justicia, que no debe ser defraudada del castigo impuesto al delincuente, exigen que, *siguiendo fielmente* la narración del Tácito francés, nos limitemos en estas páginas a condensar la luz sobre los puntos salientes de aquella historia.

Someter la España a su obediencia y transferir su corona a uno de sus hermanos, pareció a Napoleón, en el estado de abatimiento a que su funesta alianza la había reducido, sin ejército, sin marina, sin tesoro, sin gobierno y sin rey, asunto de palaciego complot, y de un pasco triunfal de sus legiones a través de la Península. Para dar principio a la obra envió a Madrid a Beauharnais, ex-cuñado de Josefina, destinado a representar cerca de la corte de España la misma misión que Villetard había representado en 1797 cerca de la República Veneciana: agitar y explotar las tristes disensiones de la familia real, tal era la misión de Beauharnais; y el príncipe de Asturias, que odiaba en Godoy al favorito de la Reina, que se veía humillado y oprimido por él, y de quien la oposición y los descontentos hacían su jefe natural en estas circunstancias, debía ser el centro obligado de las intrigas del embajador francés. El carácter avieso, suspicaz y sin elevación del príncipe que después se llamó Fernando VII, y la pequeñez de su privado y consejero, su antiguo preceptor Escoiquiz, hacían comparativamente fácil la tarea de la diplomacia imperial. Era el canónigo un curial vanidoso y tonto, con pretensiones a hombre de Estado y al manejo de la intriga y

de grandes negocios políticos: había traducido sucesivamente el *Paraíso perdido*, de Milton, y a *Monsieur Botte* de Pigaut Lebrun; y esto da la medida de su valer.

En el fondo la partida se jugaba, pues, no entre el Rey y el príncipe, sino entre Godoy y Escoiquiz; entre el favorito del padre, y el favorito del hijo; y el canónigo, creyendo dar desde la primer jugada jaque mate a su adversario, propuso a Beauharnais el matrimonio de Fernando con una princesa imperial. Escoiquiz pensaba que el flaco de Napoleón, en su calidad de advenedizo dinástico, eran las alianzas reales, y que ésta debía de colmarlo de orgullo. Beauharnais encantado de la petición prometió referirla a su amo. Esto pasaba en el mes de julio de 1807. En septiembre, Beauharnais, siguiendo las instrucciones de Napoleón, manifestó a Escoiquiz que para adelantar la negociación necesitaba algo más que palabras. En consecuencia, Escoiquiz le entregó el 12 de octubre una verdadera carta súplica, firmada el 11, que el príncipe de Asturias dirigía al Emperador, en la cual, después de pintarle el estado de opresión en que vivía, imploraba su protección, y concluía suplicando que se dignara acordarle el honor de aliarlo a la familia imperial.

Semejante paso, dado por el heredero presunto de la corona, sin conocimiento del Soberano, constituía, como se comprende, un verdadero crimen de Estado en un gobierno monárquico, y como toda la conducta del Príncipe, su activa correspondencia secreta, y sus relaciones con los descontentos, fuesen en extremo sospechosas, el Rey y el favorito resolvieron apoderarse repentinamente de sus papeles, por una visita domiciliaria, el 28 de octubre; y sobre las pruebas que ellos suministraron, el Rey le pidió su espada y lo constituyó prisionero de Estado en sus propios departamentos del Escorial, el 29. Entre los papeles aprehendidos se encontró una Memoria que Escoiquiz preparaba para apoyar la petición de matrimonio, la cual contenía, en términos muy velados, una alusión bien clara a las relaciones de la Reina con el príncipe de la Paz. Esta revelación abominable de la parte de un hijo, no era sin embargo sino la repetición de lo que Napoleón mismo había hecho llegar a oídos del Rey, para atizar las disensiones de la familia real.

Tan lejos estaba Carlos IV de sospechar que la mano de Napoleón anduviese mezclada en esto, que buscando consuelo a sus penas, el infeliz Rey le escribió después de estos sucesos, una carta de amigo, llena de honhomía y de candor,

pintándole las desgracias domésticas que lo affi-
gían, y suplicándole que se dignara ayudarlo con
sus consejos y sus luces.

Tal era la situación precisa a que Napoleón
quería traer los negocios de España.

Armado de la carta del hijo implorando su
protección, y de la carta del padre acusando al
hijo y pidiéndole sus consejos y sus luces, Na-
poleón pensó que tenía ya en su poder los *docu-
mentos* con que debía engañar a la posteridad
sobre su conducta en la intervención de España,
y que había llegado el momento preciso de pre-
sentarse como el mediador desinteresado, como
el árbitro generoso, como el regenerador de la
desgraciada España. Si de esta intervención re-
sultaba que el padre, enfermo de tristeza y de
invencible hastío por los negocios del mundo, y
el hijo agradecido por el alto honor de ascender-
lo del trono de San Fernando y Carlos V, al ran-
go de príncipe de la familia Bonaparte, renun-
ciaban en su favor la corona de España, ¿qué
más podía apetecer el pueblo español? ¿qué ten-
dría el mundo que objetar a este respecto?

En consecuencia Napoleón da orden al minis-
tro de la Guerra, Clarke, el 13 de noviembre,
para que el ejército de Dupont pase la frontera,
alegando la necesidad de ir a sostener el ejército

de Junot en Portugal, con absoluto desprecio del tratado de Fontainebleau, firmado 15 días antes, en que se estipulaba que las tropas francesas no entrarían en España sin consentimiento del Rey. Napoleón da la orden de invadir la España, y parte con grande ostentación para Italia, para que se crea que ninguna importancia especial da a este acontecimiento; que es un simple detalle de su plan de operaciones en el Continente, como cuatro años antes se había encerrado en la Malmaison mientras fusilaban por su orden al duque d'Enghien.

En presencia de lo que pasaba en Portugal, de donde la familia real había huído para buscar un refugio en el Brasil, el 30 de noviembre, y de la concentración de tropas en su propio territorio, la vergonzante corte de Madrid, o mejor dicho el Rey y el favorito, principiaron a comprender toda la gravedad de las faltas que la debilidad del uno y la bastarda ambición del otro hacían pesar sobre la desventurada España; pero incapaces o impotentes para tomar el camino del honor, no pensaron sino en apurar el de la humillación.

El rey Carlos escribió entonces a Napoleón, solicitando en forma, en nombre de la corona, como un favor para su casa, la alianza de su hijo con una princesa imperial.

Napoleón regresó a París el 3 de enero de 1808, y retardó hasta el 10 la contestación a la carta del Rey, de 18 de noviembre. Se declaraba en ella tan deseoso como el Rey mismo de estrechar los lazos que unían a los dos Estados, y consentía de buena voluntad en el matrimonio del príncipe de Asturias con una princesa de la dinastía imperial; pero escrúpulos de alta delicadeza lo obligaban a hacer una reserva: "V. M., decía, debe comprender que ningún hombre de honor consentiría en aliarse a un hijo deshonrado por su propia declaración (haciendo alusión a la Memoria encontrada entre los papeles del Príncipe, en que se acusaba a la Reina de sus relaciones con Godoy), sin tener la certeza de que este hijo ha vuelto a hacerse digno de la gracia de Su Majestad".

Las tropas francesas continuaban entrando en España, como si la frontera no existiera. Después de Dupont había llegado Monsey con 30,000 hombres; después de Monsey, la división de Durhesme, que se había dirigido de Perpignan a Barcelona para cubrir el ejército de Portugal; al mismo tiempo que de la otra extremidad de los Pirineos la división Darmagnac avanzaba sobre Pamplona. El número total de tropas concentradas ya en España montaba a 80,000 hombres

sin contar el ejército de Junot que ocupaba a Portugal. *El Monitor* de 24 de enero explicaba todo este movimiento de tropas por la necesidad de defender la Península contra un proyectado desembarco de los ingleses en Cádiz.

Entre tanto el ejército español, puesto por Godoy a las órdenes de Napoleón, estaba diseminado, parte en Hamburgo, parte en Portugal, donde Junot tenía orden de retenerlo, y el resto en la extremidad meridional de la Península, donde por exigencias de Napoleón se le había confinado, para rechazar la pretendida invasión de los Ingleses.

Por muy sospechosa que fuera la conducta de Napoleón a Carlos IV y a Godoy, no les quedaba ya más recurso que esperarlo todo del amo en cuyo poder se habían entregado; así es que los capitanes generales de las provincias invadidas tuvieron orden de hacer a las tropas francesas la acogida más amistosa. De estas órdenes se aprovecharon sus jefes para adueñarse por todas partes de las plazas fuertes y de las ciudades que estaban a su alcance. Darmagnac en Pamplona, Duhesme en Monjuí y en Figueras, Murat en San Sebastián, cumpliendo sus instrucciones, pusieron en obra las más vergonzosas supercherías para adueñarse por traición

de estas plazas, que no habrían podido tomar con las armas en la mano.

Carlos IV, después de la carta en que Napoleón mostraba tan poco empeño en unir una princesa imperial a un hijo deshonorado, se había abstenido naturalmente de volver a hablar del asunto; pero Napoleón, resuelto ya a buscar pretextos para un rompimiento, haciendo un crimen de este silencio, le escribía con fecha 28 de febrero de 1808: "Vuestra Majestad me ha pedido la mano de una princesa francesa para el príncipe de Asturias. Contesté el 10 de enero que consentía en ello; pero V. M. no me habla más de este matrimonio. Todo esto deja en la oscuridad muchos asuntos importantes para el interés de mis pueblos; y espero de su amistad se sirva disipar todas mis dudas".

Para azuzar el celo y los instintos sanguinarios de Murat, Napoleón dejaba caer palabras equívocas que lo hicieran esperar la corona de España. "Llegará el tiempo, escribía a Jerónimo, con fecha 30 de enero, en que Murat será colocado en otra parte."

Con fecha 16 de marzo de 1808, Napoleón escribía a Murat: "Tranquilice Ud. (*rassurez*) al Rey, al Príncipe de la Paz, al príncipe de Asturias y a la Reina. Lo que importa es llegar a Ma-

drid, dar allí descanso a las tropas y reponer las provisiones. Diga Ud. que yo debo llegar pronto, a fin de conciliar y arreglar los asuntos.''

Pero los asuntos que él venía a conciliar y arreglar iba ya a tomarlos en sus manos la nación. El día siguiente al de la fecha de esta carta traidora, 17 de marzo, estalló la revolución de Aranjuez, de que Godoy escapó milagrosamente con vida. Para salvarlo, Carlos IV, a instancias de la Reina, abdicó el 20, y el 21 el príncipe de Asturias fué proclamado rey, con el nombre de Fernando VII.

Murat hizo su entrada en Madrid el 23 de marzo, precedido de una proclama en que denunciaba a la indignación pública a los que trataban de concitar desconfianzas tan injustas como ridículas contra el ejército francés.

Murat, comprendiendo todo el partido que debía sacarse de la situación, se apresuró a entrar en relaciones con los soberanos destronados, y fingiendo hacerse su protector, sugirió al Rey que redactara una protesta de nulidad de su abdicación, fundada en que había sido arrancada bajo el imperio de la fuerza. Carlos IV escribió y firmó esta protesta poniéndole fecha del 21 de marzo, y la entregó a Murat. Como para Napoleón la usurpación de la corona de España era

asunto de vestir un expediente, este documento completaba el proceso; de él aparecía que Fernando VII era un usurpador y un intruso, y Carlos IV, en el estado de abatimiento en que se encontraba, ¿qué otra cosa podía hacer sino abdicar en favor de su protector? ¡Como si pudiera engañarse a la posteridad con semejantes artificios! ¡como si un pueblo hubiera de abdicar su independencia porque alguien hubiera otorgado *en debida forma* su carta de esclavitud!

Al recibir las noticias de la revolución de Aranjuez, Napoleón escribe a Murat desde París, con fecha 27 de marzo: "Mientras el nuevo Rey no sea reconocido por mí, Ud. debe obrar como si el antiguo reinase todavía: Ud. debe esperar mis órdenes". Y a su hermano Luis, rey de Holanda: "He resuelto colocar un príncipe francés en el trono de España. El clima de Holanda no te conviene: por otra parte la Holanda no saldrá jamás de su ruina. Contéstame categóricamente: ¿si te nombro rey de España, aceptas? ¿puedo contar contigo?"

Y con la misma mano, probablemente con la misma pluma con que escribía esta carta, firmaba las credenciales a Savary para que fuera a Madrid a cumplimentar al nuevo Rey en nombre del Emperador, "a informarle que éste se

apresuraría a reconocerlo tan pronto como se asegurara de que los sentimientos de Fernando eran tan favorables a la Francia como los del rey Carlos; pero que el modo más expedito de llegar pronto a este resultado sería el de una entrevista entre los dos soberanos, tanto más fácil de realizar, cuanto que Napoleón se encontraba ya en vía para Madrid, y que nada dispondría más favorablemente al Emperador, que el saber que el Rey se adelantaba a su encuentro.

Con esta celada infame, incalificable, se decidió el viaje a Bayona.

Teníamos la pluma en la mano para suavizar esta frase en la corrección de pruebas, temiendo que hubiera sido dictada por nuestro odio instintivo a la tiranía, cuando hemos abierto por mera casualidad, para nuestra lectura cotidiana, el tomo 5º de los *Diez años de Historia de Inglaterra* por Luis Blanc, en el artículo *El discurso del príncipe Napoleón en Ajaccio*, páginas 188 a 190, y habiéndola encontrado allí justificada, mejor dicho, casi repetida, la hemos conservado en toda conciencia. Dice así:

“Es cierto que los Ingleses tienen sus razones para no querer a Napoleón I; pero yo que soy Francés y buen Francés, pienso como ellos que disfrazar (*affubler*) a Napoleón I de Marco Au-

relio, es burlarse (se *moquer*) de las gentes. Esto podría tolerarse si se tratase de un héroe y de una historia perdida en sus tres cuartas partes en las tinieblas de la antigüedad. ¡ Pero hablar así de un personaje muerto en 1821 y cuya obra ha visto el mundo entero en un siglo que aún no ha concluído!...; tomarse tamañas libertades con una historia de ayer!

“Imbéciles que somos del uno al otro extremo del mundo, pensando que Napoleón I tenía algo de la médula de los tiranos; que él también tuvo un Rubicón y que lo pasó; que nunca permitió a su alrededor sino una representación de mudos; que su alma tan pequeña, como era grande su genio militar, no conoció un placer (*une jouissance*) superior al del poder absoluto; que aplastó brutalmente el espíritu bajo el peso de la fuerza; que llevó su horror al pensamiento hasta emplearse en hacerle la guerra a una mujer (Madame de Stael) que tenía una pluma, que mostró su respeto por las nacionalidades oprimiendo a la Italia, *saqueando a la España (en volant l'Espagne)*, abandonando a la fiel Polonia, queriendo amalgamar bajo sus leyes de acero la raza alemana con la raza latina, distribuyendo a sus hermanos los pueblos convertidos en rebaños; que su flan-

tropía consistió en servirse de la Francia para ahogar la Europa en sangre, hasta llegar a decir: "En una batalla los hombres son nada, los minutos son todo", resumen feroz de sus triunfos; que sus reformas consistieron en reemplazar por una disciplina brutal la expansión (*l'elan*) individual, en hacer tabla rasa de la dignidad humana, en degradar a los hombres al nivel de las bestias (*à abêtir les hommes*); y por lo que hace a la Francia, como nación, en montarla, como se monta un caballo, y lanzarla al través de toda clase de aventuras asesinas (*a travers toutes sortes de meurtrières aventures*) hasta que cayese bajo su silla, postrada, extenuada, medio muerta."

¿Qué puede agregar una pluma extranjera a semejante cuadro pintado por uno de los más ilustres representantes el pensamiento francés, que han sentido, que han devorado la ignominia y la humillación de la tiranía doméstica?

Fernando creía que no pasaría de Burgos, donde llegó el 12 de abril. La ciudad estaba ya ocupada por Bessières, quien recibió de Savary, que acompañaba al Rey, la orden de emplear la fuerza, en caso de resistencia, para obligar a Fernando a seguir hasta Bayona.

Fernando manifestó en Burgos alguna vacilación para proseguir el viaje, pero sobre las instancias y las seguridades dadas por Savary, de que Napoleón habría pasado ya la frontera, se decidió a ir hasta Vitoria. Aquí, sabiendo que Napoleón no había pasado de Burdeos, Fernando se resistió formalmente a seguir adelante, y Savary, antes de llegar al escándalo de emplear la fuerza, se decidió a usar el último artificio. Se adelantó a Bayona, llevando una carta de Fernando para Napoleón, en que le suplicaba humildemente se sirviera disiparle las dudas de su penosa situación y decirle con toda franqueza a qué debía atenerse.

Napoleón le contestó una larga carta, llena de frases hipócritas y banales sobre la regeneración de España y la revolución de Aranjuez, pero que concluía así: "Lo digo a V. A. R., a los Españoles y al mundo entero, si la abdicación del rey Carlos es de su libre y espontánea voluntad, si no ha sido arrancada por el motín de Aranjuez, no tengo ninguna dificultad en admitir y reconocer a V. A. R. como rey de España." Esto escribía el hombre que tenía en su cartera la protesta secreta que sus agentes habían dictado a Carlos IV. "El matrimonio de una princesa francesa con V. A. R., continuaba la carta, lo reputo conforme con

los intereses de mis pueblos, y sobre todo como una circunstancia que me liga por nuevos lazos a una casa de la cual no tengo sino motivos de lisonja desde que ocupo el trono''. Esta carta tenía fecha 10 de abril; y el 17 escribía a Bessières: "Usted hallará adjunta la copia de una carta que Savary lleva al príncipe de Asturias. Si el príncipe viene a Bayona, bueno; si quiere retroceder a Burgos, usted lo detendrá y lo conducirá a Bayona''.

El 20, Fernando pasó la frontera y llegó a Bayona, donde con gran sorpresa suya no encontró sino a los tres grandes de España que él había enviado a saludar al Emperador. Estos le dijeron que Napoleón les había declarado, sin ambages ni rodeos, que los Borbones no podían continuar reinando en España.

Duroc y Berthier escoltaron a su prisionero hasta una casa de miserable aspecto. Napoleón, que se había alojado en el castillo de Marac, a poca distancia de la ciudad, llegó una hora después a caballo, a conocer y a cumplimentar a su huésped; lo abrazó cordialmente, y lo invitó a comer.

Después de la comida, Napoleón despidió a sus huéspedes, excepto al canónigo Escoiquiz, a quien retuvo para hacerlo confidente de sus

grandes planes de regeneración para España.

El pobre canónigo, desvanecido con la intimidación de aquella confianza, viéndose tratado por el conquistador de Europa como espíritu superior, como hombre de Estado exento de preocupaciones vulgares, creyendo que realmente Napoleón debatía con su consejo y sus luces los negocios de España, se espació en sus planes; pero cuando al fin se atrevió a hacer algunas ligeras observaciones sobre la posibilidad de una resistencia de parte de la nación contra el destronamiento de su Soberano, Napoleón, con aquella intimidad cariñosa que tanto se agradece a un poderoso, tomándolo familiarmente de una oreja le decía: 'Mala política, mala política, canónigo; ya verá Ud. como la España misma nos agradece este cambio; créame Ud., yo tengo hecha la experiencia: los países en que hay muchos frailes son fáciles de someter''.

Savary, encargado de acompañar al Príncipe de regreso a su habitación, tuvo orden de comunicarle, sin miramientos ni rodeos, la resolución irrevocable de Napoleón de colocar un príncipe de su familia en el trono de España.

Godoy, enviado por Murat, llegó a Bayona el 26, y pocos días después llegaron el rey Carlos y la Reina.

Napoleón tuvo el refinamiento de crueldad de hacer reunir en su presencia aquellos cuatro personajes, a quienes todas las leyes del decoro, de la honestidad y de la delicadeza les prohibían juntarse. El Rey y la Reina llenaron de improprios y de insultos a aquel hijo que ellos consideraban como el autor de todos sus males. El Príncipe los soportó con respetuosa humildad, hasta el punto de permanecer impassible aun viendo a su anciano padre levantarse para herirlo con su bastón.

La abdicación de la corona por parte de los viejos soberanos, y de Godoy, ninguna dificultad ofrecía. Aquellas almas postradas por la fortuna, heridas de incurable abatimiento por la desgracia, sólo pedían un rincón de tierra, alumbrado por un rayo de sol, lejos de España, para concluir sus días.

Fernando ensayó resistir, pero la noticia de las matanzas ejecutadas por Murat sobre el indefenso pueblo de Madrid el 2 de mayo, llegaron a tiempo para aterrorizar a la víctima. Napoleón hizo notificar perentoriamente al Príncipe el 5 de mayo, que si en el curso del día, hasta la media noche, no había firmado el acto de reconocimiento de su padre como legítimo rey y comunicádolo a Madrid "sería tratado como

rebelde". Estas son las palabras que el Emperador mismo refiere en su correspondencia; pero testigos dignos de crédito, dice Lanfrey, aseguran que lo amenazó con su recurso supremo: hacerlo fusilar.

El príncipe de Asturias no tenía vocación de héroe ni de mártir, y en consecuencia firmó dos renunciaciones sucesivas, la una fechada el 6, en favor de su padre y en su calidad de rey de hecho, y la otra el 10, en favor de Napoleón, y en su calidad de legítimo heredero de la corona.

El rey Carlos renunció todos sus derechos al trono de España y de las Indias en cambio de los castillos de Compiègne y de Chambord, y de una renta de 30 millones de reales. Fernando recibió en cambio de sus derechos el castillo de Navarra, con una renta perpetua y transferible de 400,000 francos y 600,000 de renta viajera. Los tres infantes recibieron también sus pensiones. España y sus colonias costaban, en fin, 10 millones de francos anuales — 2 millones de pesos, — ¡ 400 mil libras esterlinas! "Esto hará en todo 10 millones, escribía Napoleón a Mollien el 9 de mayo; pero todas estas sumas serán reembolsadas por la España".

Desde el 1 de mayo Napoleón había escrito a Talleyrand haciéndole el retrato de sus huéspe-

des. "El rey Carlos, le decía, es un hombre honrado (*un brave homme*). No sé si es su situación o las circunstancias las que le dan el aire de un hombre franco y bueno. El príncipe de la Paz tiene todo el aspecto de un minotauro; hay en él algo de . . . Es conveniente defenderlo de toda imputación mentirosa, pero es necesario dejarlo cubierto de un ligero tinte de desprecio. El príncipe de Asturias es muy bestia, muy malo (*méchant*) y muy enemigo de la Francia".

La historia no tiene necesidad de ser inhumana para ser severa. Aunque el rey Fernando justificó después ampliamente estos conceptos, es preciso convenir, dice Lanfrey, en que aunque él hubiera tenido el mejor natural del mundo, era difícil que no hubiera sido lo que fué, habiendo hecho su entrada en la vida por la puerta de tanta amargura.

Godoy fué más desgraciado que criminal. Toda su desgracia consistió en haber sido arrastrado por el magnetismo de invencible poder a una posición inmensamente superior a sus capacidades y a sus fuerzas. Guardémonos de hacernos jueces implacables de estas situaciones en que el hombre abrasado en ese fuego del alma "a cuya influencia los cielos y la tierra se han rendido", se complace como los sectarios de ciertas divinida-

des indostánicas, en ser aplastado por el carro del ídolo que lleva un santuario en su corazón. Godoy fué fiel hasta el último día de su vida al afecto que ocasionó sus desgracias, y soportó por cuarenta años la proscripción y la miseria con noble resignación.

La historia de la celada de Bayona sería incompleta si no copiásemos aquí la carta de recomendación con que Napoleón envió sus huéspedes a Talleyrand. Dice así:

“Deseo que estos príncipes sean recibidos sin ninguna pompa exterior, pero honorablemente, y que usted haga todo lo posible para divertirlos. Si hay un teatro en Valençay haga Ud. llevar algunos comediantes. Que vaya madame Talleyrand con algunas señoras. Si el príncipe de Asturias se enamora de alguna muchacha bonita (*s'attachait á quelque jolie femme*), no sería malo. La política exigiría encerrarlo en Bitch o en cualquier otro fuerte, pero como él se ha echado en mis brazos y me ha prometido no hacer nada sin mi consentimiento, quiero que vaya a un campo donde esté vigilado y divertido. La misión de Ud. es muy honorable (*votre mission est assez honorable*): recibir en su casa tres ilustres personajes para divertirlos, se aviene con el carácter nacional y con el rango de Ud.”

Con esta carta cae el telón de la infame comedia de Bayona; pero va a levantarse el del drama más solemne, más pavoroso, más sangriento que registra la historia del mundo: el de un pueblo que se alza indignado como un solo hombre para vengar tantas afrentas; que con la conciencia de su honor y de su derecho ultrajados declara guerra a muerte a los traidores; que jura sepultarse entre las cenizas y los escombros de sus ciudades y hogares, antes que soportar la afrenta de la conquista y el yugo de extranjera opresión; y que sale victorioso de aquella lucha, ahogando en un mar de sangre a sus tiranos.

Por eso hemos reemplazado a Waterloo con Bailén, como batalla decisiva para la causa de la independencia y de la libertad de Europa. Waterloo no prueba nada: prueba que una batalla puede ganarse por un accidente cualquiera; porque llega Blücher y no llega Grouchy; por la mejor disciplina o por el mayor número de uno de los combatientes; pero Bailén prueba que un pueblo que tiene la conciencia y el valor de su libertad es inconquistable, y que en el fondo de todo pueblo oprimido, conquistado o mutilado hay una cobardía o una degradación nacional.

Los asesinatos de Madrid del 2 de mayo, y la noticia de la traición de Bayona, levantaron en

toda España un solo grito de venganza, instantáneo, inmenso, fulminante, grito de exterminio, destinado a repercutir en los siglos, tal como el mundo no lo había oído jamás. Hubiérase dicho que un estremecimiento volcánico conmovía el suelo de España. En un día, en una hora, sin concierto previo, sin palabra de orden, la nación entera se puso de pie, inflamada de un mismo sentimiento. Lo que constituye la originalidad y la grandeza del movimiento español, lo que le da una fisonomía aparte en la Historia, es que no fueron las provincias, las ciudades y las aldeas, las que se levantaron para repeler la extranjera invasión, sino que cada hombre aisladamente, resolvió en aquel momento de supremo peligro, desafiar al tirano del mundo y declararle la guerra por su propia cuenta. Por todas partes afluían las contribuciones voluntarias a las cajas de las Juntas supremas que se organizaron en cada provincia: todos los hombres capaces de llevar las armas se enrolaron bajo sus banderas. Nobles, plebeyos, ciudadanos, clérigos, seglares, campe-

Un pueblo que tiene la conciencia y el valor de su libertad es inconquistable; en el fondo de todo pueblo oprimido, conquistado o mutilado hay una cobardía o una degradación nacional.

sinos, letrados, soldados, todas las clases de la sociedad lucharon por excederse en entusiasmo y en celo.

Sin esperar a organizarse, ni a disciplinarse, ni a formarse un plan de campaña, el pueblo español se lanzó por todas partes al combate, y esto explica sus primeros reveses. Verdier los batió sin trabajo en Logroño, Frère en Segovia, Lasselle en Torquemada, donde se iniciaron las ejecuciones de los patriotas por una matanza general, y en el puente del Cabezón, delante de Valladolid. Merle bate a Velarde en Lantueño, y Lefevre arrolla a los Aragoneses en Tudela y en Mayén. En Logroño los patriotas perdieron 100 hombres, y los Franceses 1; en el Cabezón 500, y los Franceses 20; en Tudela 300 contra 10; y en Mayén cerca de 1,000 contra 20. La mayor parte de estos infelices sucumbían en la huida bajo el sable de los cazadores franceses, y no en la acción, que no duraba de ordinario sino pocos momentos. Se ve pues, por estas proporciones, que aquellas eran verdaderas matanzas, más bien que combates propiamente dichos. Y sin embargo, para los que asesinaban a estos fugitivos incapaces de defenderse; para los que habían venido a traer la devastación a un país amigo, donde no los llamaba ningún interés, ni una

idea, ni la menor sombra de queja, para éstos, éso se llamaba la gloria; y para los que morían sobre el umbral de sus hogares, inválidos, invocando en su defensa todo lo que el hombre tiene de más sagrado y caro sobre la tierra, para éstos, éso se llamaba el vandalaje.

Pero estos triunfos tardaban más en obtenerse que en anularse. Aquellas victorias nada ganaban; la tierra parecía brotar hombres en defensa de la patria. Sólo los muertos no volvían a reunirse a sus banderas. Los Franceses victoriosos estaban reducidos al suelo que pisaban, y, ¡ay! del soldado francés extraviado o abandonado: los patriotas españoles ni daban ni pedían cuartel.

El ejército de Córdoba, que quiso combatir solo, fué batido por Dupont en el puente de Alcolea, sobre el Guadalquivir, el 7 de junio, y en su retirada apenas alcanzó a encerrarse en Córdoba. La ciudad fué enseguida tomada a viva fuerza y saqueada sin piedad: la catedral, los conventos, los edificios públicos y las habitaciones opulentas, todo fué entregado al pillaje y al furor de la soldadesca. De la sola Tesorería se sacaron 10 millones de reales.

Sin embargo, era tal la fuerza, la universalidad del movimiento español, que a pesar de estos triunfos, triunfos que devoraba la opinión,

Dupont no se atrevió a avanzar sobre Sevilla y Cádiz; y no creyéndose seguro allí, retrocedió hasta Andújar, del otro lado del Guadalquivir.

A Andújar sale el camino de los desfiladeros de la Sierra Morena, que viene de las llanuras de La Mancha a las de Córdoba, y cuyos puntos principales, a partir de Andújar, se llaman: Casa del Rey, Bailén, Guarramán y La Carolina. Pero fuera de la ruta principal hay tres o cuatro caminos de travesía, que partiendo de Menjíbar, Linares, Baeza y Ubeda, van a unirse al camino real en Bailén y La Carolina. Dupont podía, pues, ser cortado por uno de estos caminos; y ejecutarlo fué todo el problema estratégico de la batalla de Bailén.

Dupont tenía en frente el ejército de Andalucía, el más numeroso y el mejor disciplinado de los que, en medio de tantos desastres habían podido organizarse para entrar en campaña regular con las tropas francesas, mandado por el general Castaños, después duque de Bailén, destinado a sobrevivir a su gloria hasta la avanzada edad de 94 años. Castaños, tan distinguido por la serenidad de su valor, como por la firmeza de su carácter, había servido con distinción en la primera campaña de Navarra, contra los Franceses en 1793, y después se había hecho desterrar de Es-

paña, por su oposición al sistema de complacencias y traiciones del gobierno de Godoy. Llamado después de la invasión a tomar el mando del ejército de Andalucía, se encontraba ahora frente a Dupont, y de su habilidad, más que de su valor, iba a pender en esta jornada la suerte de Europa y de España.

El ejército de Dupont no pasaba de 25,000 hombres: el de Castaños podía llegar a 35,000 después de que se le reunieron los insurrectos de Granada, Sevilla, Jaén y Cádiz; pero la situación de Dupont era de las más difíciles y complicadas que pueden ofrecerse a un general. Aislado, sin recursos de ninguna clase, en medio de un país totalmente enemigo, donde, según la confesión unánime de todos los generales franceses, "no se encontraba un espía a precio de oro", Dupont tenía que cubrir con sus 22 ó 25 mil hombres disponibles, todo el frente de su línea de batalla sobre el Guadalquivir, de Andújar a Ubeda en una longitud de 15 leguas, y a su espalda, el camino de los desfiladeros de la Sierra Morena, para asegurar su retirada y conservar su comunicación con los ejércitos de Castilla la Nueva, desde Andújar hasta La Carolina, en 20 leguas de extensión. Cortar esta retirada al ejército francés, tomando a Bailén, era el punto objetivo de la

batalla por parte del ejército español, y Castaños y sus dos generales de división, Reding y el marqués de Coupigny, emigrado francés, lo resolvieron con admirable precisión.

El 15 de julio (1808) Castaños hizo un falso ataque de frente sobre Andújar. Dupont alarmado por la superioridad de las fuerzas desplegadas por Castaños y temiendo que el ataque se renovara formalmente el 16, pidió una brigada de la división Vedel estacionada en Bailén, a siete leguas de Andújar. Vedel, oyendo el 16 por la mañana que el cañón tronaba del lado de Andújar, en vez de una brigada se vino en persona con toda la división, con el objeto de tomar parte en el combate de frente, que él creía general. Esta falta fué expiada inmediatamente. Apenas había partido Vedel, Reding ataca a Liger-Belair, encargado de guardar el paso del río en Menjíbar, fuerza el paso y lo rechaza en unión de Gobert, que había venido en su auxilio desde La Carolina.

Llegado Vedel a Andújar, Dupont comprende la inmensidad de la falta cometida, y lo hace regresar en el mismo día 16, para volver a ocupar a Bailén y cuidar y conservar toda la línea en su retirada hasta La Carolina.

Vedel llega a Bailén el 17, y con gran sorpresa suya no encuentra allí a nadie. Reding, des-

pués del combate de Menjíbar hizo esparcir la noticia de que había seguido por uno de los caminos de travesía, de que antes hemos hablado, a cortar el ejército francés en La Carolina. Liger-Blair y Dufour, engañados por aquellos rumores, que la desaparición del enemigo confirmaba, habían volado por los desfiladeros a ocupar La Carolina antes de que llegara Reding; y Vedel, extraviado por el mismo engaño, descuidando hacer un reconocimiento previo sobre Menjíbar, siguió también por la montaña en alcance de sus compañeros, dejando completamente desguarnecido a Bailén.

Reding, a quien iban a buscar en la Sierra, no había abandonado los alrededores de Menjíbar, y tan pronto como se apercibió de la marcha de las tropas francesas, ocupó a Bailén unido a la división Coupigny.

Cuando Dupont supo con estupor en el curso del día 18, la ocupación de Bailén, el hombre de Albeck, de Halle y de Friedland, donde había asombrado al mismo Napoleón por su valor, no desmayó, y con una rapidez igual a la inmensidad del peligro, resolvió y ejecutó lo único posible en aquellas circunstancias: evacuar a Andújar, burlando la vigilancia de Castaños, que tenía al frente, caminar toda la noche, y caer

sobre Reding y recuperar a Bailén, puesto entre dos fuegos, antes que Castaños pudiera alcanzarlo.

Apenas cayó la noche, Dupont se puso en marcha con un ejército extenuado por las privaciones y las fatigas, y abrumado con más de 700 carros de bagajes y enfermos. El 19, a las tres de la mañana, la vanguardia de las columnas francesas tropezó en el Rumblar, cerca de Bailén, con las avanzadas del ejército español, que marchaba ya sobre Andújar, y a las cuatro de la mañana el combate se había generalizado en toda la línea.

A las diez, los Españoles rodeaban por todas partes a los Franceses. En vano los dragones del general Fressia y los cazadores del general Dupré renuevan sus cargas con asombroso valor. Las columnas españolas permanecen inmovibles. Dupont, aunque herido, ensaya hacia el medio día un último esfuerzo, que se estrella como todos los otros, contra la barrera impenetrable del ejército de Reding. Los soldados franceses, extenuados por una marcha de siete leguas, por los calores intolerables del mes de julio en aquellas latitudes y por una sed abrasadora en aquel desierto sin agua, caen postrados de inanición y de abatimiento. En estas circunstancias el cañón

anuncia a retaguardia la presencia de Castaños. Toda resistencia era imposible. Dupont solicitó un armisticio que le fué concedido, y firmó una capitulación, por la cual todo su ejército, inclusive las dos divisiones Vedel y Dufour, que estaban ya en Santa Helena, camino de Castilla la Nueva, se constituían prisioneros de guerra; después de desarmados serían transportados a Francia por San Lúcar y la Rota. La junta de Sevilla se negó, y con razón, a ratificar esta parte del convenio, y el ejército de Dupont, excepto los oficiales generales que fueron enviados a Francia, permaneció prisionero de guerra hasta la terminación de ésta en 1814.

Napoleón supo toda la magnitud del desastre el 3 de agosto en Bayona, y comprendiendo todo el daño que esta derrota iba a hacer al prestigio de su invencibilidad, lanzó verdaderos rugidos de despecho y de cólera.

“Yo quiero saber, escribía a Clarke, su ministro de la Guerra, qué tribunales van a juzgar a estos jefes y qué pena aplican las leyes a semejante delito. Estos cobardes que han debido morir, llevarán su cabeza a la guillotina.”

El hombre que así afrentaba a uno de sus mejores generales por no haberse hecho matar en Bailén, y que por satisfacer su orgullo lo

mantuvo después encerrado en el fuerte Joux, hasta el advenimiento de Luis XVIII en 1814, debía ser en breve llamado por el destino a elegir entre la derrota y la vida, en el Berezino, en Leipzig, en Fontainebleau y en Waterloo. El mundo sabe como eligió la vida.

Tres días antes, con fecha 31 de julio, contestando a una carta del rey José, en que éste se quejaba amargamente de las depredaciones de Caulaincourt en Cuenca, le decía: "Caulaincourt ha hecho bien en Cuenca. La ciudad ha sido saqueada; es el derecho de la guerra, puesto que fué tomada con las armas en la mano."

¡ Y era esta causa, la causa de la traición, de la perfidia, del asesinato y del pillaje, la que Napoleón quería que inspirase a Dupont y a sus 25,000 compañeros de infortunio la resolución heroica de hacerse matar por ella !

La noticia de la victoria de Bailén y de la ignominiosa capitulación impuesta allí a las tropas francesas, en que sus generales se comprometían "a tomar todas las medidas necesarias para descubrir y restituir los vasos sagrados que hubieran podido ser sustraídos en los diversos encuentros, particularmente en la toma de Córdoba", fué una revelación para la Europa: los pueblos que Napoleón tiranizaba por haber vencido a sus

gobiernos, podían recobrar su libertad si se resolvían a defenderla por sí mismos como el pueblo español. Lo que todos los gobiernos europeos coaligados no habían podido hacer en ocho años de guerra, la España lo había hecho en una sola campaña con un puñado de patriotas.

A su ejemplo el Portugal entero se levantó contra los invasores, y un mes después, exactamente el 20 de agosto, el ejército de Junot, vencido en Cintra, evacuaba el Portugal.

De un sólo golpe la victoria de Bailén recobró el territorio de la Península casi hasta el pie de los Pirineos, allende el Ebro.

La Inglaterra resolvió unirse estrechamente a la España y envió a la insurrección inmensos subsidios de armas y provisiones de guerra. En Alemania la repercusión de lo que pasaba en España, fué una especie de sacudimiento eléctrico, que dió nacimiento a una cosa que no había existido allí: la nación alemana.

En un mes, del 19 de julio (Bailén) al 20 de agosto (Cintra), Napoleón había sufrido más desastres que en todo el curso de su carrera militar.

Imposibilitado por el momento para reparar sobre el campo el golpe moral dado a su fortuna en Bailén, Napoleón pensó en repararlo por otros medios. Siéntese repentinamente poseído

del irresistible deseo de volver a estrechar en sus brazos a Alejandro, y lo invita a una nueva entrevista en Erfurt, para arreglar los negocios de Europa. En el momento de que los desastres de España lo obligaban a hacer contramarchar sus ejércitos, del Oder al Rhin, y del Rhin a los Pirineos, Napoleón necesita supeditar a la Europa poniéndole de manifiesto la intimidad de la alianza rusa; pero Alejandro sabe bien qué motivo y qué objeto tiene esta entrevista, y no se decide a venir a Erfurt sino para hacerse pagar de contado, en cambio de la representación teatral a que se presta, las promesas de Tilsit.

Napoleón, que necesitaba verse rodeado de una corte de reyes, hace llamar a Erfurt a todos sus clientes. Veíanse en el cortejo los reyes de Baviera, de Wurtemberg, de Sajonia, de Westfalia, y al príncipe Guillermo de Prusia; y al lado de estas estrellas de primera magnitud, la pléyade oscura de los príncipes de la Confederación del Rhin.

Napoleón, queriendo rivalizar en magnificencia con Luis XIV, hizo venir a Erfurt la Comedia Francesa, para recrear a su auditorio con la representación de las obras maestras de Corneille, de Racine y de Voltaire, interpretadas por Talma y Mlle. Duchesnois.

De la entrevista de Erfurt, Napoleón no derivó sino el efecto teatral que había querido producir. En cambio del reconocimiento *platónico* “del nuevo orden de cosas establecido en España”, Alejandro exigió y obtuvo la cesión inmediata de los principados de la Moldavia y de la Valachia. El czar habría querido tener diez Españas que endosar a Napoleón. Sábese cómo, en una representación de Edipo, Alejandro, que representaba su papel mejor que Talma, aludiendo a su amistad con Napoleón, le repetía:

L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux.

Seducido por esta lisonja, Napoleón encargó a Talleyrand que explorara con la mayor delicadeza la opinión del czar sobre una alianza de familia, aludiendo a un enlace con la gran duquesa Catalina, hermana de Alejandro, previo el repudio de la infeliz Josefina. Alejandro contestó: “que haría cuanto estuviera de su parte para vencer la repugnancia de su madre.” Talleyrand, más astuto que su amo, se aprovechó de estas confidencias matrimoniales, para casar a su sobrino Edmundo de Perigord con la duquesa de Courlandia, sobrina del czar.

Napoleón, impaciente por vengar los ultrajes hechos a la majestad de su poder, y por borrar

el pernicioso efecto producido por la capitulación de Bailén, resuelve ir en persona a dirigir la campaña, y sale de París el 29 de octubre, después de anunciar solemnemente al Cuerpo Legislativo, "que va a coronar al rey de España y a plantar sus águilas vencedoras sobre las torres de Lisboa". Para cumplir esta promesa había empujado ya delante de sí y concentrado en el pequeño espacio que se extiende de la Vizcaya a Aragón, cinco cuerpos de ejército, que con la guardia y la caballería de Bessières formaban un efectivo de 160,000 hombres.

¡ Inútiles esfuerzos ! ¡ insensato despecho ! Por un momento los prodigiosos destellos de su genio, la energía de aquella voluntad inquebrantable y el irresistible ascendiente de su presencia, obtienen fáciles victorias, más que fáciles deshonoras, como las matanzas del Gamonal y el infame saqueo de Burgos, autorizado y presenciado por él. Vence en Tudela, en Somo-Sierra; hace capitular y entra victorioso a Madrid. Se empeña en la persecución del ejército inglés mandado por Moore; pero convencido de la imposibilidad de alcanzarlo, se detiene en Astorga, y parte de Valladolid para París el 17 de enero de 1809, dejándolo todo en la misma situación. La capitulación de Madrid no ha hecho sino enfurecer a las pro-

vincias. Moore embarca hasta el último hombre de su ejército en la Coruña a la vista de Sault, para reaparecer en Portugal. El ejército del marqués de la Romana ha sido maltratado pero no detenido. Lannes ha tomado el mando del sitio de Zaragoza y lo prosigue con inflexible energía, pero nada anuncia que deba triunfar de la indomable resolución de sus habitantes: esta sola operación ocupa dos cuerpos de ejército: el de Moncey y el de Mortier. De su lado el mariscal Víctor ha batido en Uclés al ejército del duque del Infantado y lo ha arrollado hasta Valencia, pero este triunfo no tiene nada de definitivo. Saint-Cyr, que ha entrado en Cataluña desde principios de noviembre, ha hecho levantar el bloqueo de Barcelona, después de una de esas campañas metódicas y científicas que le eran peculiares; pero aunque ha batido a los Catalanes en muchos encuentros, está muy lejos de haber sometido esta provincia. En fin, la Andalucía, tan funesta para las armas francesas, estaba aún intacta como casi todo el mediodía de España.

La adulación, el envilecimiento de los caracteres, la abyección de los pueblos y de los hombres que lo rodeaban, y la infatuación, la demencia que produce el largo ejercicio del poder absoluto, no permitieron a Napoleón compren-

der la naturaleza de la insurrección española. Le parecía muy natural que sus soldados se dejaran matar por él; pero jamás se persuadió que una nación entera hubiera resuelto perecer antes que aceptar su dominación. Jamás pudo persuadirse que hubiera masas enteras de patriotas que defendieran la independencia y la libertad de su país, sino canallas y bandidos que resistían su legítimo poder. Por eso sus preceptos de alta política para el sometimiento de España están contenidos en la carta de despedida a su hermano José, escrita desde Valladolid el 16 de enero. Dice así: "La Corte de alcaldes de Madrid ha absuelto, o simplemente condenado a prisión, a 30 de estos vagabundos (*coquins*), a quienes Belliard había hecho arrestar. Es preciso nombrar una comisión militar para juzgarlos de nuevo y hacer fusilar a los culpables. Aquí se han hecho imposibles para obtener el perdón de los bandidos que han sido condenados: los he hecho colgar, y estoy seguro de que en el fondo las gentes están contentas de no haber sido atendidas. Creo necesario que sobre todo en los primeros momentos, vuestro gobierno muestre un poco de vigor contra la canalla. La canalla no ama ni estima sino a los que teme; y el miedo de la canalla es lo único que puede haceros amar y estimar de toda la nación".

La carta concluía recomendando que hiciera tomar en Madrid, en los conventos y en las casas confiscadas, unos cincuenta cuadros de las obras maestras de la escuela española, que hacían falta en el Museo de París.

Los consejos contenidos en estas fraternales expansiones constituían todo el programa de la política imperial. Tales fueron los adioses de Napoleón a este pueblo español, que él se decía llamado a regenerar.

¡Lastimosa ceguedad! El golpe dado en Bailén al poder de Napoleón fué irreparable. La España, como un volcán en erupción, le devorará en cinco años 400 mil hombres. La debilidad producida por tantas pérdidas y la preocupación incesante de repararlas en otra parte, serán la causa de todas sus faltas. Los desastres de la campaña de Rusia, Leipzig, Fontainebleau, Waterloo, se han preparado en España.

“¡Semejante al atleta de la leyenda antigua, que logra abrir con sus propias manos el tronco de la encina secular! De repente el árbol desgarrado vuelve a unirse con irresistible violencia, dejándolo prisionero de aquel poste inmovible. El gigante espantado hace temblar la tierra con sus esfuerzos. ¡Inútil furor! El árbol

vencedor lo retiene, la noche cae y las bestias feroces vienen a rondar su presa.”

No: las bestias feroces no lo devorarán: eso equivaldría a sustraerlo del castigo que le espera. La encina secular del derecho, de las leyes de la humanidad y de la justicia, por él violadas, lo retendrán en sus potentes fibras, para que sobre él pasen los siglos cargados con las maldiciones de la posteridad.